

SOBRE UN «CATOLICISMO ESPECÍFICO»:  
LA BATALLA DIALÉCTICA DE DOMINGO DORESTE

MARÍA DEL CARMEN GARCÍA MARTÍN  
*Universidad de La Laguna*

El ensayista y crítico de arte Domingo Doreste Rodríguez, «Fray Lesco» (Las Palmas de Gran Canaria, 1868-1940), forma parte de la amplia nómina de intelectuales que dedicaron su vida no sólo a difundir los valores de la educación y la cultura, sino que además, movidos por un evidente sentimiento filantrópico, lucharon desde los ínfimos medios de comunicación que tuvieron a su alcance contra la injusticia, la beligerancia, la hipocresía en la religión, el atavismo, etc. Comentarista incansable de cualquier acontecimiento, sin distinguir la esfera en la que éste se inscribía, intentó llegar a través de cualquier vía a los más desfavorecidos. En ellos centró muchos de sus esfuerzos. Juan Rodríguez Doreste llamó a esta tarea de su tío «magisterio popular, militante, directo y cotidiano»<sup>1</sup>, ejercido con la pluma y la palabra hablada; magisterio que alcanzó gran eco popular y que resulta imprescindible para conocer el hilo de la historia cultural de las Islas Canarias. Por ello no dudamos que el día en el que pueda establecerse una clasificación definitiva de la totalidad de sus crónicas, serán los textos referentes a los problemas de su tiempo los que ocupen uno de los lugares destacados.

Fue en estos artículos y conferencias donde quedó plasmada con veracidad su actitud vital, de fecundo humanitarismo, y el coraje que imprimió en todas sus acciones. Denunció con el mismo brío la edificación descontrolada y sin gusto que arrasó su isla en las primeras décadas de este siglo; la tala indiscriminada de árboles; la supresión de zonas verdes en la ciudad de Las Palmas —denuncias que lo convirtieron en uno de los primeros ecologistas de las Islas—; la venta indebida de unas cortinas de la catedral; el desánimo que los isleños demostraban en muchas de sus actividades diarias o, en fin, la escasa atención que se le prestaba a nuestro patrimonio cultural y turístico. Sin embargo, un inicial acercamiento a su vida y a su obra nos ha revelado que, en la faceta cívica, centró de manera especial

su atención en dos de las cuestiones que alcanzaron máxima relevancia en la época que le tocó vivir: la social y la religiosa. Con agilidad de espíritu y profundidad de pensamiento, inherentes a su persona, se deslizó, con la seguridad que le proporcionaron su amplio conocimiento de las principales doctrinas sociales y su sincera religiosidad, por los enrevesados senderos de la convulsión general que sufrió la sociedad española en aquellos años.

La cuestión social, ante la que no quiso mostrarse indiferente, por considerar que la indiferencia era esencialmente burguesa, apareció en sus primeros escritos conocidos y no lo abandonó jamás. Prueba de ello es que en una carta enviada desde Bolonia el 22 de junio de 1902 a su profesor, amigo y, como luego veremos, espíritu afín, don Miguel de Unamuno, le pedía consejo sobre el movimiento social obrero, pues al haber escrito algunos artículos sobre el tema se sentía obligado a dirigirlo. Dos años más tarde fundó, junto a Rafael Ramírez, el diario *La Mañana*, cuyo subtítulo demostraba cuál era el propósito primero de la publicación: «Diario de las reformas sociales». Desde ese instante fueron varios los puntos de la geografía insular y nacional en los que se prodigó Fray Lesco como conferenciante y analista del obrerismo, al que siempre apoyó. Su vinculación, que no afiliación, a este movimiento reivindicativo le llevó a participar en numerosos actos del «1º de mayo», donde lanzó sonadas arengas a favor del proletariado, colectivo llamado «a arreglar la cocina de la humanidad», para que continuase luchando por sus derechos. En estos «mítines» examinó sin afectación los errores más importantes de la «ingente pirámide del capitalismo»; defendió la instrucción de la masa obrera como obra cristiana, frente a la «santa ignorancia» en la que pretendía confinarla la burguesía, y apoyó la revolución como medida redentora, siempre que portase los estandartes del valor cívico y moral y estuviese guiada por la energía que proporcionan la voluntad y la acción, y no por una fe ciega en la fatalidad histórica. A través de la revolución social se debía alcanzar la supresión total de la miseria, la seguridad del bienestar y un régimen alejado de la limosna, donde se cumpliesen los deberes y, ante todo, los derechos. Por este camino, en 1922 la emoción le llevó a admitir, tras haber visto en Milán a unos obreros encastillados en una ingente fábrica que dejaba ondear una bandera roja en una de sus ventanas: «Nos habéis hecho a todos más o menos socialistas, que es lo más importante por lo menos a los que ponemos la justicia por encima de todos los intereses creados e increados»<sup>2</sup>. Del

---

1. RODRÍGUEZ DORESTE, J. *Domingo Doreste, «Fray Lesco». (La vida y la obra de un humanista canario)*, con prólogo de Antonio Rumeu de Armas, Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1978, p. 127.

2. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «Gran mitin y manifestación del Primero de Mayo. Los trabajadores canarios protestan de su condición de clase oprimida», *Álbum Familiar*, mayo de 1922. El *Álbum Familiar* que vamos a citar varias veces en estas páginas es una colección de recortes de prensa con artículos de Domingo Doreste, elaborada por

mismo modo valoró la importante ascensión ideológica que había experimentado el movimiento en los últimos tiempos al dejar de ser meramente teórico y comenzar a ser positivo, instaurador y creador. Para concluir esta escueta introducción sobre los numerosos ejemplos de su proximidad al mundo proletario, hemos de señalar que en 1925 participó en una más de sus habituales batallas dialécticas. Su medio de expresión sería el *Diario de Las Palmas*, espacio que guarda gran parte de su obra, y su motivo esencial, el socialismo, al que defendió, esta vez, como muchas otras, de las condenas a las que se vio sometido por los colaboradores del diario de inspiración católica y tendencias ultraconservadoras, *El Defensor de Canarias*.

Sin embargo, próximo a los obreros, Fray Lesco no olvidó nunca sus arraigadas creencias religiosas formadas en el seno de la Iglesia Católica española. Fruto de su apego a ambas colectividades, aparentemente antagónicas en España, surgió un verdadero cuerpo de doctrina que Rodríguez Doreste sitúa en las posiciones que tras la Segunda Guerra Mundial asumirían en Europa los partidos políticos llamados «demócratacristianos».

Es muy probable que el núcleo de esta doctrina se encuentre en el conjunto de nueve artículos que vamos a analizar en el reducido espacio de que disponemos y que Domingo Doreste publicó bajo el epígrafe de «Catolicismo específico. Cartas a un católico» en los últimos días de febrero y primeros de marzo del año 1931. Aparecieron en el diario *El País* de Las Palmas de Gran Canaria, aunque de manera simultánea los reprodujo *El Tribuno*, de la misma ciudad. Cada escrito lleva un subtítulo, si bien el primero aparece con el nombre genérico de la serie, por lo que podemos considerarlo capítulo introductorio. Los siguientes aparecen divididos por temas: «Los nuestros», «Confesionalismo somatenista», «Tipos representativos», «El socialismo», «S.M. el Propietario», «La democracia», «La Política» y, por último, «Frasas acuñadas».

En el aspecto formal, toman la apariencia de misivas dirigidas a un «Querido amigo» del que se despide siempre «Suyo afectísimo. Fray Lesco», personaje sin lugar a dudas inscrito en el ambiente formado por escritores que se jactaban de una catolicidad pura a través de periódicos como *El Defensor de Canarias*. Desde un primer momento aclara el emisor que la correspondencia epistolar es fruto de un cúmulo de encuentros con el destinatario, encuentros que no han terminado en una actitud de acuerdo entre las posturas de cada uno. Por ello, se ve obligado a analizar en voz alta, ante su vasta turba de seguidores, la posición religiosa y social de su «rival dialéctico», hombre perteneciente a una minoría católica, apos-

---

la esposa de éste, y en la que no constan todos los escritos originales. Remitimos al lector al Álbum (hoy depositado en El Museo Canario, a cuya dirección agradecemos su consulta) cuando, en una primera aproximación, no hemos podido localizar los periódicos y las fechas correspondientes.

tólica, romana, inquisitorial y absolutista surgida en el seno de la gran familia cristiana, aunque alejada del catolicismo puro. A la vez que analiza la postura de esta tipología, por oposición, nos muestra la suya con la franqueza de un católico que no ha olvidado que el cristianismo es la exigencia activa del amor fraterno. Su propósito es «dar contextura orgánica a las observaciones que le he hecho en nuestra errabunda polémica hablada»<sup>3</sup>, siempre con respeto personal y reconociendo la buena intención del catolicismo que el otro profesa. Los párrafos rebosan de virulentos ataques directos, de consejos y advertencias que, dirigidos a su «amigo», se erigen en proclamas contra un catolicismo que, legado del carlismo, se ha convertido en «arrogante»<sup>4</sup>, «hipocondríaco y apocalíptico»<sup>5</sup>, monárquico, dictatorial, conservador y de un «confesionalismo estridente»<sup>6</sup>, «ansioso de que se presente la ocasión de disparar el mosquete»<sup>7</sup>, lo que lo aleja de las más simples acciones de fe.

El «catolicismo específico» que censura Fray Lesco se desenvuelve según la contextura de un partido político en el que todo se halla dogmatizado y donde, aunque no se le tribute ningún tipo de doctrina política a la institución eclesiástica, parece «entreverse que admita formas políticas más aceptables para un católico que otras»<sup>8</sup>. Más que una doctrina política, infiere Doreste, esta minoría profesó un género de doctrina ético-política fundamentada en un «catolicismo nacionalista desprovisto de universalidad»<sup>9</sup>, cuyo lema era «Dios, Patria y Rey», y en el que a la honra de ser católico se le unía el orgullo de ser español. En 1907 ya Unamuno se había referido a los pueblos de habla castellana como espacios «carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico»<sup>10</sup>. Años después escribiría desde su destierro galo sobre la agonía de su patria, en la que se sentía «a la vez la política elevada a religión y la religión elevada a política»<sup>11</sup>.

3. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. I», *El País*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de febrero de 1931.

4. *Ibid.*

5. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. II. Los nuestros», *El País*, 22 de febrero de 1931.

6. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. III. Confesionalismo somatenista», *El País*, 24 de febrero de 1931.

7. *Ibid.*

8. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. VII. La democracia», *El País*, 5 de marzo de 1931.

9. «Cartas a un católico. II», cit.

10. UNAMUNO, M. de, «Mi religión», artículo aparecido en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 9 de diciembre de 1907, y reproducido en *Obras completas. Nuevos ensayos*, III, Madrid, Escelicer, 1966, pp. 259-263.

11. UNAMUNO, M. de, *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 109.

Se jactaban de tutelar el monopolio del cristianismo atribuyéndose la representación de un tipo específico de catolicismo que era pregonado en voz alta desde los púlpitos de las iglesias. Se consideraban a sí mismos campeones de la Religión, «paladines de una lucha religiosa —¿contra quiénes?— contra muchos que quizá practican la religión de sus padres, o que, por lo menos, no se sienten enemigos de ella»<sup>12</sup>. Doreste temía que este tipo de «psicología de la intolerancia»<sup>13</sup>, que les llevaba a considerar vituperable cualquier creencia diferente de la suya y que había arrastrado a los jóvenes a la apostasía y a la masa obrera a la irreligión y al socialismo, se llegase a identificar como la ideología de todo el catolicismo, como la garantía más fiel de una mayor pureza de religión, cuando en realidad no era más que una ortodoxia basada en unos dogmas marginales de aterradora ejemplaridad.

En sus nueve artículos Domingo Doreste elabora un tipo concreto de programa partidista en el que a la vez que expone, ataca los puntos fundamentales que guiaban las actuaciones de estos católicos españoles a «marcha-martillo»<sup>14</sup>. Repueba el talante asustadizo que los envuelve pues, aunque presumían de arrogantes, no acertaban a ver más que fantasmas tras cualquier alteración social: el bolchevismo, el comunismo, el socialismo, la democracia y, sobre todo, la República, provocaron en sus pusilánimes mentes el más cruel de los terrores, el terror a malograr el orden social establecido. Habían tomado la dictadura de Primo de Rivera como un gobierno deseable y definitivo que, alejado de «supercherías» como el parlamentarismo, al que consideraban antidemocrático en su esencia, les permitía alcanzar su ideal de restauración de las viejas tradiciones. Fray Lesco, adelantándose al plebiscito que se celebraría días después y que puso fin a la monarquía a la vez que permitió el advenimiento pacífico de la II República, exhorta a sus «adversarios» religiosos a responder a una pregunta que adelanta su posición de católico de incontestable fe: «¿no sería más cristiano prevenirse a aceptarla con indiferencia evangélica, y con fe ciega en la fortaleza de nuestra religión?»<sup>15</sup>.

Era la manifiesta alianza entre el clero y los capitalistas y terratenientes una de las principales causas de desunión entre los obreros y la Iglesia. Mientras los primeros acusaban a la institución religiosa de ser una gendarmería de los ricos, una aliada del capitalismo, la segunda arremetía contra ellos al mismo tiempo que se dolía de que les volviesen la espalda a los sacerdotes. Doreste encontraba el

12. «Cartas a un católico. II», cit.

13. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. IX. Las frases acuñadas», *El País*, 11 de marzo de 1931.

14. «Cartas a un católico. I», cit.

15. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. VIII. La Política», *El País*, 10 de marzo de 1931.

motivo de esta desavenencia en la actitud clerical de tajante rechazo a una resolución honesta de la cuestión social, que el clero pretendía resolver por medio de la caridad, la limosna y la resignación, formas que el ensayista consideraba detestables: «¿por qué se le ha de recomendar como remedio heroico —¡demasiado heroico!— el opio de la resignación?»<sup>16</sup>. Al contrario, para Miguel de Unamuno, el origen de la caridad era el amor y la compasión a Dios, el impulso de libertarnos a nosotros mismos, a los demás en su dolor, y a través de ellos, a Dios.

Bajo un clima político inestable a nivel mundial, generado a raíz de la lucha entre ingentes imperialismos y de la crispación social provocada por el seguimiento de las doctrinas socialistas de base marxista entre los obreros, la conservadora posición de los sacerdotes había sido de enérgica oposición a las huelgas, a las jornadas de ocho horas de trabajo, a la revolución y, por extensión, a cualquier opinión próxima al socialismo, considerado como la peor de las herejías. En el quinto artículo de la serie, «El socialismo», Fray Lesco clama al cielo en nombre de la justicia social:

padecen ustedes, respecto del socialismo, una ceguera voluntaria. No se ha querido ver el fondo de justicia social que encierra, su verdadera alma; no se ha sentido la palpitación trágica de la masa desheredada —¡por tanto tiempo!— a la fluctuación económica, como mercancía sujeta a oferta y demanda, al salario mínimo, equivalente por ley implacable del capitalismo, al mínimo coste de la vida, a lo indispensable para no morir.

También Unamuno había considerado al socialismo un ideal que incluía la transformación de la moral burguesa y la humanización de las relaciones entre los hombres. Humanización que suponía que los valores que en el capitalismo jerarquizaban la convivencia o subordinaban unos individuos a otros dejaban de cumplir tal función al hacerse imposible la «posesión», que era el medio principal para adquirir riqueza y poder. El vasco hallaba en la emancipación de la clase obrera la emancipación del pensamiento y la cultura en general.

Fueron numerosas las ocasiones en las que Doreste defendió este ideario obrero, y por ello, desde la tradicional prensa católica, se le había tildado de *satánico*. Estudió las teorías marxistas, de algunas de las cuales se consideró partidario, pero no dudó en rechazar su pretendido carácter científico. Como ya hiciese don Miguel de Unamuno, quien creía que eran las personas las que hacían y llevaban las cosas: la idea la que creaba el movimiento, y no a la inversa, negaba Fray Lesco la noción del materialismo histórico que explicaba el desarrollo de «los acontecimientos por un ritmo y un resorte materialistas, cuando hoy en realidad

16. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. V. El socialismo», *El País*, 28 de febrero de 1931.

se tiende a espiritualizar la Historia, a reconocer que los motivos humanos fuertemente impulsores son éticos y religiosos»<sup>17</sup>. Incluso admitía estar de acuerdo con el católico español que repudiaba al marxismo por su falta de contenido moral y religioso. Asimismo, le imputó el haber ejercido «en las masas una dictadura dogmática ... No conozco tipos menos libres, más condenados a la inmovilidad del pensamiento, que los que han aceptado el marxismo por entero, sin resabio de crítica»<sup>18</sup>. Sin embargo, el acuerdo termina en este punto, ya que acto seguido muestra su disconformidad ante la condena que se le hace a Marx en bloque, sin comprender y esclarecer sus ideas, sin recordar que el socialismo es anterior a él, por lo que atribuirle un movimiento social a una doctrina, especialmente cuando la doctrina viene a posteriori, es un error de peso.

De evidente base marxista es su reflexión sobre el orden establecido, producto «de sacudidas anteriores, de mil alteraciones del orden»<sup>19</sup>. Recurre a Marx y a su especulación sobre la evolución de las sociedades humanas, desarrolladas siempre bajo la tutela de radicales transformaciones suscitadas por una lucha de clases antagónicas como eran, en aquel momento, la poderosa burguesía y la explotada clase obrera.

Ante el socialismo católico, tendencia que buscaba conciliar el cristianismo con los cambios sociales, ponderado y alabado con reservas por el clero, que lo consideraba ante todo «antisocialista», Fray Lesco admitía que no era tan confesional como se creía, aunque tampoco fue tan extremo como Unamuno, quien lo rechazó de lleno por enjuiciar que el cristianismo era apolítico, que no era misión cristiana el resolver los problemas económico-sociales. Doreste lo definió como

una depuración del socialismo marxista, que no predica, por cierto, la resignación, que es francamente reivindicatorio, aunque contenido en normas éticas y religiosas; un socialismo que en otras normas va dando frutos sorprendentes, tomando como finalidad el bienestar del obrero, sin retos confesionalistas, antes bien entendiéndose fácilmente con el socialismo de otra manera, porque ambos sienten un común anhelo de justicia. Esto es comprensión y a ella se ha llegado abandonando prejuicios que nunca debieron defenderse<sup>20</sup>.

En última instancia, Doreste criticó el sesgo confesional que tomaba cualquier manifestación del espíritu entre la minoría católica, y repudió el arte mora-

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*

19. «Cartas a un católico. I.», cit.

20. DORESTE RODRÍGUEZ, D. «El catolicismo específico. Cartas a un católico. VI. S.M. El Propietario», *El País*, 3 de marzo de 1931.

lizante, lo mismo que toda aquella Historia que no fuese más que una apología de la Iglesia o del Papado. Sobre la ciencia, no era menos munífico: el más alto triunfo del cristianismo era verse corroborado por una ciencia libre en todos los aspectos.

A través de esta férrea crítica y, como él mismo reconoció, excesivo tono polémico, «desgraciada tendencia de mi temperamento periodístico»<sup>21</sup>, Domingo Doreste analizó la ambivalente relación que existía entre la fe cristiana y la cultura moderna. Como espectador de primera fila que apostaba por el progreso sin olvidar nunca la tradición, se sumergió en las discusiones que tuvieron lugar desde el siglo XIX a raíz de la esclavitud y de las diferentes ideologías que propiciaron las diversas revoluciones políticas y sociales en los siglos XIX y principios del XX. Se centró a menudo en la repercusión que entre los cristianos tachados de reaccionarios tuvieron los regímenes de inspiración marxista. Ante ellos tuvo que admitir que «un católico puede (quizá deba) aceptar sin reservas las formas políticas que le ofrecen los tiempos; y no por ir con los tiempos, sino por lo que pudiéramos llamar prudente convicción histórica»<sup>22</sup>, siempre que se defendiese a la democracia de sus corruptores, porque el principal mal no radicaba en la forma de gobierno adoptada, «sino en todo poder que no reconozca su limitación: en la tiranía, sea cual sea su apariencia y su abolengo»<sup>23</sup>. Por ello le aconsejó a la Iglesia que impregnase al proletariado de espíritu evangélico, ya que, bajo su punto de vista, la religión eterna era verdad, justicia, amor y, especialmente, leal con los que sufren, sin importar su ideología. Presentía, con dolor, que si el clero continuaba sin captar la actualidad, no podría evitar el recelo de la masa popular, ávida de justicia, y de la juventud, ávida de verdad.

De manera intuitiva primero, y en la práctica después, se opuso a los católicos españoles a «marcha-martillo», «catolicismo remachado a martillazos, inquebrantable»<sup>24</sup>, igual que Unamuno, quien sentía repugnancia hacia «los ortodoxos, sean católicos o protestantes —estos suelen ser tan intransigentes como aquellos— que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos»<sup>25</sup>, y para el que la fe más robusta era aquella que se basaba en la incertidumbre: «Fe que no duda es fe muerta»<sup>26</sup>. En este sentido, el clan aludido fue el antecedente de los mismos grupos conservadores católicos que tras el Concilio Vaticano II, 11 de octubre de 1962 – 8 de diciembre de 1965, temieron que las reformas hubieran sido demasiado radicales en el seno de la Iglesia Católica. Frente a este grupo, ya hemos

21. «Cartas a un católico. IX», cit.

22. «Cartas a un católico. VII», cit.

23. *Ibid.*

24. «Cartas a un católico. I», cit.

25. UNAMUNO, M. de, art. cit., p. 260.

26. UNAMUNO, M. de, *La agonía del cristianismo*, cit., p. 30.



visto cómo Fray Lesco concebía un catolicismo en el que tenían cabida todos «los hombres de buena voluntad, a quienes el advenimiento de Cristo brindó el don de la paz; todos aquellos, que por no estar contra Cristo, están con él»<sup>27</sup>, noción afín a la de don Miguel de Unamuno, que consideraba «cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo»<sup>28</sup>. Al mismo tiempo, guardaba Doreste en su corazón la ostensible esperanza en un «Universalismo cristiano», distante del «superhombre» de Nietzsche, comprendido por encima de razas, pueblos, nacionalismos, intereses y clases sociales, realidades que acarrearían funestísimas consecuencias para la Religión, la Iglesia e incluso para la Patria.

Su propuesta final trataba de integrar la situación política a la que se acercaba España, y que se consolidaría pocos días después, y su proyecto de una juventud de religión sincera: «Quizá lo más práctico para el catolicismo en España sería hoy educar una juventud para la república —perdone usted este herético atrevimiento—, una juventud sinceramente democrática y religiosa, no manipulada, ciertamente, por el sacerdote. Al que esté dotado de ancha visión política no le parecerá tan absurda la idea»<sup>29</sup>. No obstante, los derroteros republicanos olvidaron muchos de los proyectos iniciales.

La república «de todos los españoles» consiguió terminar con la monarquía, objetivo que había gravitado muchos años en la conciencia del proletariado español, pero no generó el ambiente necesario para la pretendida revolución social. El gran error, según Luis Araquistáin<sup>30</sup>, fue creer que en la colaboración con partidos burgueses, por muy radicales que se titulasen, se podría llevar a cabo una revolución democrática a fondo, es decir, la destrucción de las grandes fuerzas oligárquicas, la propiedad tradicional y latifundista, la Iglesia Católica, la casta militar y burocrática, el capital financiero, etc. Incluso Unamuno, que había comenzado colaborando con el semanario del partido socialista de Bilbao, *La lucha de clases*, se declaró en 1930 «republicano accidentalista». Sin embargo, meses después expresó, como otros tantos intelectuales republicanos y liberales, su decepción ante un gobierno que carecía de líderes eficaces y capacitados y una Iglesia que seguía distante del pueblo al que servía e ignorante de su verdadera situación. También Doreste se lamentó años después de la dirección que había tomado la ineficaz política española: «Nos han dirigido políticos en gran parte de buena fe, pero teóricos y no constructivos, con programas y lemas que sólo tenían una significación literal»<sup>31</sup>.

27. «Cartas a un católico. II», cit.

28. UNAMUNO, M. de, art. cit., p. 260.

29. «Cartas a un católico. VIII», cit.

30. ARAQUISTÁIN, L. *Marxismo y socialismo en España*, Barcelona, Fontamara, 1980.

31. «Conferencia sobre el 'Día del plato único', de don Domingo Doreste, radiada anteanoche», *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 15 de noviembre de 1936.

La serie de artículos fue concluida con una apelación a don Quijote. Doreste le hizo una vital advertencia al «Caballero de la Locura» para que resguardase su idealismo y sus buenas intenciones ante aquel episodio de la vida política y religiosa de España, marcado por la intransigencia y el anquilosamiento: «¡Mi señor don Quijote!— V.A. ha recorrido todos los campos. Bienvenido sea al campo religioso. Pero por Dios, tenga mayor cuidado con sus costillas»<sup>32</sup>. La invocación nos hace recordar la condena unamuniana:

Gobierno de alpargata y de capote timba, charada, a fin de mes el sueldo, y a apedrear al pobre Don Quijote<sup>33</sup>.

32. «Cartas a un católico. IX», cit.

33. Soneto LXXXIX, *De Fuerteventura a París*, 1925.